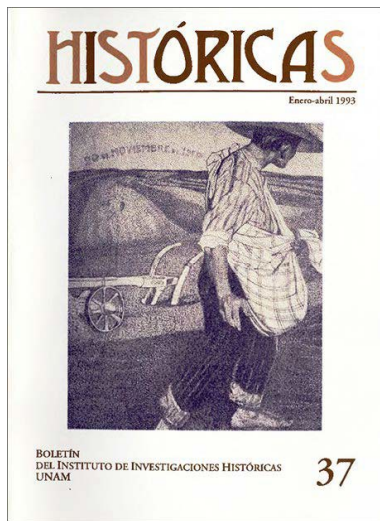




Artículo: El surgimiento del sinarquismo y los obreros en la década de los treinta

Autor(es): Serrano Álvarez, Pablo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 37

Año: 1993

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Serrano Álvarez, Pablo. "El surgimiento del sinarquismo y los obreros en la década de los treinta" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 37 (1993): p. 19-27. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3807>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

El surgimiento del sinarquismo y los obreros en la década de los treinta¹

Pablo Serrano Álvarez
Instituto de Investigaciones Históricas

Durante la década de los treinta, por lo menos en la historia mexicana, la lucha sociopolítica se manifestó en torno a dos polos o esferas de conflicto y enfrentamiento. De un lado, se encontraba el proyecto heredero de la revolución de 1910, cuya tendencia populista democrática (con tintes socialistas y comunistas) se manifestaba desde el poder del Estado, y desde el cual se organizaba y accionaba la lucha social, ya fuera campesina, obrera o clasemediera. Del otro, se encontraba el contrapeso del proyecto conservador y tradicional, que buscaba la organización, la conciencia y la acción de la sociedad para la toma del poder y, a través de él, restaurar lo perdido y constituir un modelo de sociedad donde todos los miembros alcanzaran la felicidad, el equilibrio y el orden.

Ambos proyectos o tendencias se enfrascaron en una lucha cotidiana y cruenta, que se manifestó claramente en la esfera ideológica, política, social, cultural y hasta económica. La sociedad fue polarizada y dividida por ambos proyectos, a través de un conjunto de organizaciones y acciones que la enfrentaron, incluyéndola dentro del contexto

mundial. El izquierdismo socialista-comunista *versus* el derechismo tradicional-conservador, manifestados en Europa y América Latina, así se evidenciaba en la acción política o ideológica nacional. México no escapó a esta dinámica.

Desde el periodo más importante de la revolución mexicana (1910-1917), el tradicionalismo (expresado por los residuos porfiristas, los católicos organizados, los caudillos y caciques y otras fuerzas conservadoras) se enfrentó a la modernidad (expresada por los revolucionarios en el poder, los socialistas-comunistas, los luchadores democráticos, las doctrinas ideológicas de vanguardia, y la tendencia política que adquirió el Estado). En un frente se encontró el conservadurismo de la sociedad y, en el otro, las tendencias neoliberales de una supuesta modernidad revolucionaria. El enfrentamiento produjo, ya en los treinta, una lucha donde participaron actores y organizaciones sociales cuya raigambre histórica moduló, de un lado u otro, las características diferenciadas de la sociedad mexicana contemporánea. En este contexto, se insertó el sinarquismo.

¹ Este trabajo fue presentado como ponencia en el Simposio titulado "El movimiento obrero de Latinoamérica entre las dos guerras mundiales", dado en el marco de las III Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el 11 de septiembre de 1991. Agradezco los comentarios y opiniones de Patricia Funes, Cristina Carnevale, Alberto J. Plá, Pablo Pozzi, Hilda Iparraguirre, Pablo Yankelevich, Rosalía Winocur, y de los miembros del seminario de Historia Regional del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Este texto no hubiera podido ser presentado sin las ayudas de Gisela von Wobeser, Martha Loyo, Fernando Moreno Peña y Luis Villagarcía. La corrección de estilo a una versión anterior fue realizada por Cristina Carbó. Para aclaraciones importantes sobre algunas partes de este artículo, ver Pablo Serrano Álvarez, *La batalla del espíritu: el movimiento sinarquista en el Bajío (1932-1952)*, 2 vols., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (Col. Regiones).

mo como movimiento social opuesto al *establishment* modernista, casi de vanguardia, del cardenismo revolucionario en el poder.²

El sinarquismo, aún en su etapa embrionaria justo a la mitad de aquella década, se convirtió en una alternativa real de la lucha social ajena a las tendencias del Estado revolucionario. Los sectores campesinos, obreros y de clase media del México católico, provincial y conservador tuvieron su canal de expresión opositora por medio de la ideología bien cimentada, el proyecto de un orden social basado en la doctrina social de la Iglesia, la acción “ordenada y consciente”, la lucha por la justicia ligada a la “libertad y a la patria”, y la manifestación de las demandas justas que conducían a la “felicidad”. El movimiento sinarquista cautivó a las masas por la espiritualidad ideológica de “la unión para combatir a una modernidad” que no se apegaba a sus sentires, costumbres y valores, frente a un contexto dominado por la anarquía, la violencia, la corrupción de todos los sistemas, el peso de un Estado dirigido por una tendencia atea, el egoísmo y el desequilibrio.³

El sinarquismo fue creado por la jerarquía eclesiástica católica que, después del fracaso de la cristiada, buscaba reestablecer, por medio de la lucha sociopolítica de las masas católicas, los “derechos legítimos” de la Iglesia y, sobre todo, el logro del *status* jurídico político roto con la Constitución

“jacobina” de 1917 y obstaculizado por los hombres que dirigían al gobierno. El sinarquismo fue la última arma de lucha de la Iglesia contra el Estado, en una década donde el cardenismo buscaba convertir a las masas en la base fundamental de un Estado “socialista”, popular, jacobino y modernizante. A la iglesia, madre del sinarquismo, se le desbordó la lucha emprendida por las masas sinarquistas desde el momento en que sus demandas pasaron a ser más importantes que las de la jerarquía (aunado a la manera en que el presidente Cárdenas se acercó a la Iglesia, como una forma conciliatoria, para subyugarla a su papel social dentro del sistema), y por eso el movimiento se convirtió en una alternativa real de lucha para las masas, sobre todo, de las campesinas y obreras.⁴

La segunda mitad de la década de los treinta giró en torno al enfrentamiento entre tradicionalismo y modernidad, y el sinarquismo desempeñó un papel preponderante en esa dinámica combatiendo al cardenismo y a las tendencias socialistas y comunistas que parecían conducir los destinos del país, desde el control del Estado.⁵

En el umbral de la Segunda Guerra Mundial, el sinarquismo supo incluirse en el contexto histórico manifestando una tendencia conservadora y derechista que hizo contrapeso a las tendencias “democratizadoras y socializantes” del cardenis-

² Para ampliar sobre la importancia del sinarquismo en ese contexto, ver Pablo Serrano Álvarez, *op. cit.*, tomo 1, p. 229-245; reafirmar la posición anterior en Jean Meyer, *El sinarquismo, ¿un fascismo mexicano?*, México, Joaquín Mortiz, 1979, p. 5 y s.; y Anne-Marie De la Vega, *Histoire du mouvement sinarquiste 1934-1944, contribution à l'histoire du Mexique contemporaine*, Thèse de III cycle, Paris, I, 1975 (inédita), v. I.

³ Así se manifestó en toda la primera propaganda de la Unión Nacional Sinarquista, ver *Sinarquismo* (León, Gto.): núms. 1-10, septiembre de 1937 a junio de 1938; y en amplia documentación encontrada en Archivo del Comité Regional de Guanajuato establecido en León, Gto. (en adelante, ACR-UNS-León, Gto. Cfr. toda la historia de esta etapa en Pablo Serrano Álvarez, *loc. cit.*

⁴ Al respecto puede consultarse Jean Meyer, *op. cit.*; Luis González, *Los días del presidente Cárdenas*, México, COLMEX, 1981 (Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940, núm. 15) y Servando Ortoll Estrada, “Las Legiones, La Base y el sinarquismo, ¿tres organizaciones distintivas y un solo fin verdadero?”, en Jorge Alonso (comp.), *El PDM, movimiento regional*, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, 1989 (Col. Jornadas Académicas, Serie Compilaciones), p. 17-64.

⁵ Ver Pablo Serrano Álvarez, *op. cit.*, t. 1, p. 424-431.

mo en el poder. Se identificó, además, con el contexto de los movimientos derechistas, fascistas o católicos, del Brasil, Argentina y Nicaragua, con los que de hecho mantuvo correspondencia.⁶

Los orígenes del sinarquismo y los obreros

A principios de los treinta, el enfrentamiento entre la Iglesia y al Estado continuó manifestándose, a pesar de que se habían dado los arreglos de 1929, que habían hecho fracasar al movimiento cristero y creado las bases del control de las actividades católicas. La persecución y represión del ejército, el gobierno y los caciques, se extendió en todo el país, contra los católicos y los que habían colaborado de alguna manera con los cristeros.

La manifestación del jacobinismo y la aplicación de las leyes anticatólicas evidenció que los revolucionarios en el poder nunca respetarían los supuestos "derechos legítimos" de la Iglesia, los católicos y sus seguidores. Como respuesta sólo se imponían la rebelión violenta (como, de hecho, se dio con la Segunda cristiada, que fue un movimiento guerrillero del centro-occidente del país); la organización político-social para la conquista del poder (como se planteó en las Legiones, creadas en Guadalajara por Manuel Romo de Alba, donde a través de la clandestinidad y el reclutamiento se buscaba crear un movimiento político extendido que obtuviera los poderes locales, estatales, sindicales y grupales; la acción de la jerarquía eclesiástica inconforme (organizando movimientos no

violentos que, a través de la opinión pública y la movilización social defendiera a la Iglesia y sus postulados y "derechos históricos"); o la pasividad y sujeción de todos los católicos a los preceptos revolucionarios (como lo planteaba el sector de la jerarquía que había pactado con el gobierno, o algunas organizaciones vencidas con el fracaso del movimiento cristero.⁷

El sinarquismo surgiría de las Legiones que ya en 1932 se constituyeron en un movimiento extendido en las localidades centro-occidentales del país (abarcaba los estados de Jalisco, Colima, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, Aguascalientes y San Luis Potosí). La agrupación era de carácter clandestino y, por medio del reclutamiento, la organización y la acción terrorista o de infiltración, muy pronto contó con adhesiones y militantes que, en su gran mayoría, se constituyeron a partir de sectores de la clase media de los pueblos y las ciudades: artesanos independientes y obreros de fábricas y empresas sindicalizados en otras agrupaciones; campesinos descontentos con el gobierno por la reforma agraria residentes en haciendas, ranchos y comunidades; miembros prominentes de las burguesías regionales o locales, cuyo tradicionalismo era el principal factor de oposición; y miembros de la jerarquía eclesiástica local-estatal, que eran quienes organizaban las primeras células en las localidades.⁸

Las Legiones pronto se convirtieron en un movimiento organizativo y de protesta clandestina que contaba con la participación de todos los sectores sociales. Los obreros y la clase media

⁶ Como se demuestra en amplia correspondencia existente en ACR-UNS-León, Gto. y en Betty Kirk, *Covering the Mexican Front. The battle of Europe versus America*, Oklahoma, Norman University of Oklahoma Press, 1942.

⁷ Cfr. con Pablo Serrano Álvarez, *op. cit.*, t. 1. p. 83-200. Reafirmar con Manuel Ceballos Ramírez, "El sindicalismo católico en México, 1919-1931", en *Historia Mexicana*, México, vol. XXXV, núm. 4 (140), abril-junio 1986, p. 621-674; del mismo autor ver "Rerum Novarum en México: cuarenta años entre la conciliación y la intransigencia (1891-1931)", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XLIX, vol. XLIX, núm. 3, julio-septiembre 1987, p. 151-170.

⁸ Consultese Pablo Serrano Álvarez, *ibid.*, p. 163-174; Servando Ortoll Estrada, artículo citado; del mismo autor, "Los orígenes sociales del sinarquismo en Jalisco (1929-1939)", en *Encuentro*, Guadalajara, Jal. vol. 1 (3) abril-junio 1984, p. 75-124. Para información testimonial cfr. con Salvador Abascal, *Mis recuerdos: sinarquismo y colonia María Auxiliadora, 1935-1944*, México, Tradición, 1980.

fueron los actores más importantes del movimiento y, de hecho, a través de ellos se extendió en buena parte de México. La lucha contra el jacobinismo estatal, la aplicación de la ley antirreligiosa plasmada en la Constitución de 1917, la reforma agraria, las organizaciones sociales oficiales, la aplicación del programa de la educación socialista y las expresiones jacobinas de los hombres en el poder, fueron las principales razones de la organización y reclutamiento legionarios. La estrategia del terrorismo clandestino se desarrolló contra los adversarios locales, sin que la organización fuera descubierta hasta 1934, ya cuando estaba preparada para extender el movimiento a todo el país.⁹

La jerarquía eclesiástica se interesó en rescatar al movimiento legionario para sus fines de oposición "indirecta" al Estado. A principios de 1934, las Legiones se convirtieron en una organización llamada La Base que, a través de células y secciones profesionales, trataría de expandir aun más al movimiento, con el fin de contar con un número amplio de militantes que, en determinado momento, se podrían aprovechar para la fundación de un movimiento público, de carácter político, social e ideológico que defendiera, siempre indirectamente, a la Iglesia católica de la rebatanga del Estado revolucionario mexicano. El plan surtió efecto, gracias a la dirección de varios padres jesuitas y el apoyo económico de miembros destacados de la burguesía.¹⁰

La Base, que sería madre del sinarquismo, se organizó en secciones profesionales y divisiones que respondían a los estados de la República. Cada división contaba con sus secciones de patro-

nes, obreros, mujeres, estudiantes, campesinos, terrorismo, propaganda y reclutamiento, aunque había secciones multisociales encargadas de la planeación de movimientos políticos e ideológicos. La jerarquía estuvo "tras bambalinas", conteniendo cualquier acción que representara que el gobierno descubriera sus intenciones, por lo que las secciones siempre actuaron restringidamente, y los militantes se desilusionaban o, simplemente, se iban. En el año de 1936, se impuso la necesidad de extender al movimiento o convertirlo en público. Las divisiones regionales empezaron a planear la forma de organizar un movimiento que combatiera en todos los terrenos contra el gobierno cardenista.¹¹

Los obreros legionarios y baseros siempre constituyeron un sector muy importante en las localidades del centro-occidente, pues ellos eran los que se infiltraban en las organizaciones sindicales oficiales, en las instituciones gubernamentales y desarrollaban una propaganda amplia para reclutar más adeptos. En Querétaro se posesionaron del sindicato de la fábrica de hilados "Hércules", uno de los más importantes; en Guanajuato, los artesanos del zapato en León se organizaron en torno a los postulados baseros, haciendo contrapeso a las agrupaciones oficiales; en La Barca y Guadalajara, en el estado de Jalisco, los obreros lograron penetrar en todos los sindicatos oficiales creando grupos de choque o dominando las posturas de las demandas; en Michoacán, varios sindicatos de burócratas y campesinos se vieron infiltrados y controlados por sectores obreros baseros; en Colima, Aguascalientes y San Luis Poto-

⁹ Existe amplia información testimonial sobre esto en Manuel Romo de Alba, *El gobernador de las estrellas*, México, Impr. Panamericana, 1986; José Trinidad Cervantes, *¿Qué han hecho los partidos políticos?, la UNS, en letargo, está en espera de un líder*, México, artículos publicados en "El Universal" -UNS, s. f., p. 167 y s.: reafirmar con Hugh Campbell, *La derecha radical en México, 1929-1949*, México, SEP, 1976 (Col. Setecientos, 276).

¹⁰ Ver los artículos citados de Servando Ortoll Estrada donde se historia al detalle este proceso antecedente del sinarquismo. Cfr. con Pablo Serrano Álvarez, *loc. cit.*

¹¹ Según lo narran en sus biografías Salvador Abascal, *op. cit.*, y Manuel Romo de Alba, *op. cit.* Pueden confrontarse con Kenneth Prager, *Sinarquism: the politics of frustration and despair*, Bloomington, Indiana, Indiana University, 1975 (tesis Dr. of Philosophy, p. 75-78).

sí, las federaciones de sindicatos fueron infiltradas también por los obreros y artesanos baseros cuya labor consistió en el reclutamiento de adeptos. Las células baseras de obreros se constituyeron en las más importantes y, lo que es más, eran las más inquietas para desarrollar "acciones peligrosas" que podrían descubrir a toda la organización, y las que pugnaban por la acción pública y abierta.¹²

Las células de estudiantes y obreros fueron las más agueridas y las que, de hecho, propusieron a los dirigentes de La Base la necesidad de aprovechar la fuerza lograda para la creación de un movimiento político público. A inicios de 1937, la división del estado de Guanajuato, establecida en la ciudad de León, preparó el plan para lo que sería el sinarquismo. Los militantes reunidos en la fundación eran todos obreros y estudiantes.¹³ El nombre de "sinarquismo" fue propuesto por Zeferino Sánchez Hidalgo, que era líder obrero de los zapateros leoneses, y que conocía los postulados doctrinales surgidos de un pensador francés y había participado en la fundación de una Liga Sinárquica Mexicana, creada como propuesta en el Congreso Constituyente por Tomás Rosales en el año de 1916. Sinarquismo significaba "con orden, con autoridad", contrario a anarquía y desorden social. Los postulados coincidieron con las demandas católicas y sociales, y el común de la asamblea de creación aprobó el nombre y el pri-

mer formato de programa y proyecto de lucha, incluyendo los postulados de la Doctrina Social de la Iglesia basada en la encíclica *Rerum Novarum* (1891) y la *Quadragesimo Anno* (1932), cuyos principios del orden social basado en el equilibrio, la felicidad, el trabajo, la propiedad privada, la jerarquía, la productividad, nutrirían a la ideología que defendería el sinarquismo.¹⁴

La Unión Nacional Sinarquista se fundó el 23 de mayo de 1937 en la ciudad de León, apoyándose en los militantes activos existentes de la organización legionaria y basera.¹⁵ La organización sería dirigida por los miembros del Consejo Supremo de La Base, constituido por los padres jesuitas (como Eduardo Iglesias y el padre Vértiz), miembros de la jerarquía (sobre todo el arzobispo de México) y burgueses de importancia regional (familias como los Laris de Michoacán, los Levy de Jalisco, los Urquiza de Querétaro y Guanajuato, los Santacruz del Distrito Federal, etcétera. La Unión sería dirigida por un grupo de estudiantes guanajuatenses, que se encargarían, en una primera etapa, de extender la organización y difundirla, siempre basándose en la concientización de la sociedad, la invitación a organizarse y manifestarse sin violencia y la estrategia de la protesta social ante la opinión pública, sin el anhelo de la conquista del poder pues eso no era posible, ni conveniente para la Iglesia.¹⁶

¹² Ver Pablo Serrano Álvarez, *loc. cit.*; Cfr. con José Trinidad Cervantes. *La patria escondida*, México, Ediciones Signo, 1946; y reafirmar con Salvador Abascal, *op. cit.* *El sinarquista*, órgano propagandista de la UNS, publicó las apreciaciones ideológicas de los obreros baseros para fundar un movimiento público, México, núms. 1-5, junio de 1939.

¹³ Descripción de Salvador Abascal, *op. cit.*, p. 149-152; UNS, *Historia gráfica del sinarquismo, t. I, 1937-1947*, México, Comité Nacional de la UNS, s. f.; Cfr. Con Juan Ignacio Padilla, *Sinarquismo; contrarrevolución*, México, Polis, 1948, p. 115-117.

¹⁴ Manuscrito de José Trueba Olivares, primer jefe nacional de la organización sinarquista, s. f., en ACR-UNS-León, Gto.

¹⁵ Los obreros y artesanos que participaron en la fundación y planeación del movimiento fueron 49, destacados miembros de las legiones y La Base, según consigna en el acta de creación, existente en el ACR-UNS-León, Gto. Así lo manifiestan también varios testimonios ya citados como los de Salvador Abascal, Juan Ignacio Padilla y José Trinidad Cervantes.

¹⁶ Ampliar estas consideraciones en Pablo Serrano Álvarez, *op. cit.*, p. 217 y s. Cfr. con Servando Ortoll Estrada, *Modes of historical consciousness: Mexican sinarquistas and revolutionaries in the 1930s and 1940s a tentative appraisal*, mecanoscrito inédito, New York, Columbia University.

Los militantes obreros existentes colaboraron en la formación del programa de lucha y fueron los que empezaron a difundir los postulados y los objetivos de la organización, no sólo dentro de su sector sino también dentro del campesinado. Los sindicatos de Querétaro fueron entonces dominados casi por completo por obreros sinarquistas, junto con otro sector denominado "Obreros Guadalupanos" controlados directamente por la Base. En Guanajuato, los artesanos y obreros de León, Irapuato, Celaya y Salamanca, por medio de la infiltración, comenzaron a dominar en los sindicatos oficiales y reconocidos por el gobierno o los patrones. En otros estados de la República, las células obreras fueron el punto de arranque de la Unión Sinarquista.¹⁷

El año de 1937 fue muy intenso en materia de organización y reclutamiento, sobre todo en los estados del centro-oeste mexicano. La militancia campesina empezó a rebasar a la obrera, pero ambos sectores se complementaban y unían en un frente común de lucha: contra el comunismo y el socialismo cardenista, y "un Estado que procuraba la anarquía, el desorden y la infelicidad de la sociedad".

El surgimiento del sinarquismo estuvo condicionado por las necesidades que los católicos organizados en las Legiones y la Base tenían de rescatar la lucha católica contra el régimen posrevolucionario. No era viable el desarrollo de un movimiento armado, como el de la Cristiada o la segunda, por las circunstancias en las que se daría, que no eran nada favorables por la capacidad del gobierno para reprimirlo. La opción surtió efecto en las masas deseosas de protestar "contra la in-

justicia y la desigualdad". La lucha contra la opresión de las leyes, los sistemas y las acciones de los hombres representantes del gobierno pareció ser la principal razón de la oposición, pero siempre basándose en la dirección de una "fuerza divina" (la providencia, el espíritu santo, Dios y la Guadalupeana) representada en la tierra por la Iglesia y su doctrina social. La movilización de protesta no era espontánea ni abrupta sino bien planeada y fundamentada en las demandas y necesidades del pueblo obrero y campesino, el más convencido de las bondades de la restauración de un pasado ido y golpeado por doctrinas "exóticas" y ajenas a la mexicanidad (concepto basado en el hispanismo, la unión de la patria, la justicia redistributiva y el equilibrio social). Estos postulados ideológicos fueron entonces la base de la movilización sinarquista.

Los obreros en la lucha sinarquista espiritual

Hacia 1938, el sinarquismo empezó a tener un apoyo social muy extendido. Sus postulados atrajeron a las masas descontentas con la revolución hecha gobierno, y la labor de reclutamiento pronto evidenció la necesidad de la protesta y la oposición antigubernamental. La región del Bajío fue la más activa y donde la movilización sinarquista se manifestó de manera más intensa. En mucho había tenido que ver el programa-proyecto de orden social que postulaba la organización, y el intenso trabajo de reclutamiento que los líderes y militantes realizaban en las localidades, organizaciones y sindicatos.¹⁸

¹⁷ Pablo Serrano Álvarez, entrevista con el Lic. José Trinidad Cervantes, celebrada en el Distrito Federal los días 10, 11 y 15 de marzo de 1988. *Idem*, entrevista con el Dr. Rubén Mangas Alfaro, celebrada en el Distrito Federal el día 17 de marzo de 1988. *Idem*, entrevista con el Ing. Gildardo González Sánchez, celebrada en la ciudad de Colima, Col., junto con el Dr. Servando Ortoll Estrada, el día 20 de agosto de 1989. Estos hechos se confirman en la correspondencia que sostuvieron varios obreros de aquellos lugares con los miembros del comité nacional, durante 1937 y 1938, ACR-UNS-León, Gto.

¹⁸ Carta de José Trueba Olivares al presidente municipal de Celaya, Gto., 29 de junio de 1938, en ACR-UNS-León, Gto.; Cfr. con "The manace of sinarquism", in *Mexican American*, s. l., s. f., p. 29, en Archivo de Servando Ortoll Estrada (en adelante se citará como ASOE).

El sinarquismo postulaba la necesidad del bien común, la propiedad privada, el equilibrio productivo a través de la concordia entre los patrones y sus trabajadores, la dirección de Cristo desde el cielo, la moralidad en los actos y en la vida cotidiana, el equilibrio entre la Iglesia y el Estado, el espíritu católico como rector de todos los actos de la vida, la educación basada en la familia y la tradición, la riqueza individual como base de la felicidad, la organización común y cordial, el nacionalismo patriótico como soporte del orden, la jerarquización en las funciones sociales y organizativas, el rescate de las costumbres y tradiciones del pueblo como un símbolo rector del presente, la oposición al liderazgo obrero y campesino como factor de desunión y corrupción, la lucha contra la opresión gubernamental, el contrapeso a las doctrinas socialistas y comunistas como negadoras de Dios.¹⁹ Estos postulados atrajeron a las masas sociales, y el movimiento creció abrupta y rápidamente. Para 1939, la Unión Nacional Sinarquista contaba con 90 000 militantes activos, sobre todo de los sectores campesinos y obreros descontentos o no con el gobierno cardenista. Las acciones de protesta se multiplicaron por doquier, y el gobierno empezó a reprimirlas activamente.²⁰

Como respuesta al Frente Popular, el presidente Cárdenas creó la Confederación de Trabajadores de México (1936) y la Confederación Nacional Campesina (1938), como una forma de sustentar la acción del Estado. La corporativiza-

ción se impuso como soporte del partido oficial (PNR y PRM). La tendencia socialista-corporativa tuvo como finalidad primordial encuadrar a los sectores populares en el sistema político, y así controlarlos en función de la política del Estado. La política institucional, así, encontraba la mejor manera para derribar al caciquismo y caudillismo tradicionales y el juego político basado en el personalismo y el interés, pero muchos sectores tradicionales se opusieron activamente cargándose hacia la derecha política. El sinarquismo, sobre todo durante 1939, se convirtió en una fuerza sociopolítica que aglutinaba la oposición a la corporativización y el socialismo colectivista. Sus planteamientos conservadores encontraron un eco social sin precedentes, y los ataques al presidente, a los líderes como Vicente Lombardo Toledano (secretario general de la CTM) y Graciano Sánchez (secretario general de la CNC) y la estrategia del Frente Popular Mexicano, lo convirtieron en una fuerza opositora de primera magnitud, apoyada fundamentalmente por los obreros y campesinos sinarquizados. Los enfrentamientos en los sindicatos y comunidades agrarias locales se hicieron frecuentes por las dos opciones, sin que el gobierno lograra disminuir en nada el crecimiento de las acciones sinarquistas de protesta y oposición a la política cardenista.²¹

En cada comité sinarquista existía una secretaría de acción obrera, que no sólo realizaba la labor del reclutamiento y la infiltración en los sindicatos y organizaciones, sino que soluciona-

¹⁹ *Pentálogo sinarquista, Manifiesto del comité organizador sinarquista*, ambos de mediados de 1937, impresos ACR-UNS-León, Gto., *El sinarquista*, México, núm. 28, 17 de agosto de 1939. Cfr. con Pablo Serrano Álvarez, *op. cit.*, t. 1, p. 256 y s.

²⁰ "Estadísticas del movimiento nacional sinarquista", diciembre de 1939, en ACR-UNS-León, Gto. Cfr. con los datos que presentan Anne-Marie de la Vega, *op. cit.*, vol. 1, p. 107, Jean Meyer, *op. cit.*, p. 46 y Pablo Serrano Álvarez, *ibid.*, p. 229 y s.

²¹ Así lo plasmaron los mismos adversarios del movimiento, como Fernando Amilpa, *¿Qué es el sinarquismo?*, México, Jorge Briones, 1948; Alejandro Carrillo, *Defensa de la revolución en el parlamento*, México, Cámara de Diputados, 1943; Alfredo Díaz Escobar, *Yo se los dije... el peligro sinarquista*, México, s. e., 1948; Vicente Lombardo Toledano, *Nuestra lucha por la libertad*, México, Universidad Obrera, 1941; y Carlos Velasco Gil, *El sinarquismo: su origen, su esencia, su misión*, 2a. ed., México, Editorial Olin, 1944. Lo mismo se refleja de los testimonios citados de Salvador Abascal, Juan Ignacio Padilla y José Trinidad Cervantes.

ban los problemas que tenían los trabajadores, con respecto a sus derechos salariales, la aplicación de la cláusula de exclusión (que realizaban los sindicatos dominados por los adversarios del sinarquismo), las prestaciones, la conciliación con los patrones, la higiene de los trabajadores, los accidentes de trabajo, el ahorro mediante cajas populares, etcétera. La sección obrera, además, propugnaba la no realización de huelgas, paros o tortuguismo, e instruí a sus militantes obreros para “llevar una vida productiva, recatada, moral y honesta”, pues concebía que esto conducía a “la felicidad individual y a la productividad”.²² Ante esto, los líderes adversarios manifestaban su rechazo y ponían en evidencia a los sinarquistas llamándolos “reaccionarios, retrógradas, conservadores, clericales y fascistas”. Los enfrentamientos se suscitaron, tanto que el líder de la CTM pugnó por la represión y la acción gubernamental para desaparecer a los “fascistas de huarache”, que iban en contra de la revolución socialista mexicana, la democracia colectiva y la estabilidad del país.²³ Varios sindicatos se dividieron, sobre todo en Guanajuato, Querétaro, Michoacán, Jalisco, Puebla, Aguascalientes y San Luis Potosí, en torno a la bipolaridad de sinarquismo o cardenismo-socialismo, tanto que muchos militantes de organizaciones reconocidas como oficiales pasaron a formar parte de la militancia sinarquista (este fenómeno, curiosamente, se manifestó más claramente en las organizaciones obreras locales). Las manifestaciones sinarquistas, ordenadas y desarrolladas con estrategia militar, evidenciaron a los adversarios que el sinarquismo estaba siendo apoyado por el nazismo alemán, los fascistas italianos y los falangistas españoles. Lombardo fue el que más difundió esta versión, como una forma de crear interpretaciones que sirvieran para despres-

tigiar al movimiento y lograr la desaparición por decreto oficial o incrementar el rechazo represor de los adversarios. Pese a esto, el sinarquismo siguió ampliando su fuerza y poderío en las masas populares. Ya en 1940, los militantes activos sinarquistas se incrementaron a más de 100 000 en todo el país, y las acciones de protesta se desarrollaban cotidianamente.²⁴

La simbología empleada por el movimiento fue muy importante para convertirlo en una fuerza sociopolítica de primera magnitud, en oposición al cardenismo posrevolucionario y a los sectores socialistas gubernamentales. La lucha “espiritual, católica y de conciencia individual” llamaba a las masas a la acción para reformar el orden social imperante. El orden sinarquista, basado en el bien común y el equilibrio social, rescataba la tradición, mentalidad y costumbre de las masas. Los símbolos patrios, la virgen de Guadalupe, el hispanismo como origen de la mexicanidad, eran símbolos y valores que las masas populares tenían en su vida cotidiana, en sus comportamientos, y el sinarquismo sabía aprovechar esto para contar con el apoyo social suficiente para la labor de protesta y oposición sociopolítica. Los campesinos y obreros de casi todo el país se identificaron con aquella simbología y, por sobre todas las cosas, con el orden social que postulaba el movimiento. El sinarquismo era, ya en 1939, una opción real de lucha social e individual, una “forma de sentir y de pensar” con la que las masas se identificaban y apoyaban, sin importar la represión y el rechazo de los adversarios. Familias enteras, incluso los niños, engrosaron las filas del sinarquismo, lo que demostró el arrastre socioideológico que poseía frente al gobierno, los socialistas y los comunistas que dominaban en el país. Este éxito fue relacionado con la Quinta Columna nazifascista falan-

²² Esto se trasluce de memoranda y correspondencia del Comité Nacional de UNS, entre 1939 y 1940, existente y consultado en ACR-UNS-León, Gto.

²³ Ver Vicente Lombardo Toledano, *En qué consiste la democracia mexicana y quiénes son sus enemigos*, México, Universidad Obrera de México, 1941.

²⁴ “Estadísticas del movimiento ...”, documento citado, sección de 1940.

gista en América Latina, pero los sinarquistas nunca tuvieron esos nexos o alianzas que les atribuían los adversarios, pues habían surgido instigados por la Iglesia y su fuerza, efectivamente, provenía del conservadurismo de una sociedad reticente a cualquier modernidad o cambio fomentado por el gobierno. Los obreros y campesinos sinarquistas poseían esta característica común que no era posible negar o mal interpretar.²⁵

La lucha obrera mexicana se vio, a fines de los treinta, dividida entre dos opciones o campos: la izquierda, representada por el cardenismo, y la derecha, representada por las tendencias de lucha obrera católica que incluía al sinarquismo. La ideología desempeñó un papel importante en esta división y fue influida también por un contexto bipolar, que se manifestó en todo el mundo, especialmente en Latinoamérica.

La opción movilizadora sinarquista sobrevivió después de 1940, cuando en México se dio un viraje hacia la derecha gubernamental. Los obreros siguieron formando parte importante de la militancia. Se desarrollaron los sindicatos de filiación sinarquista tanto que, desde fines de 1939, la Unión Nacional Sinarquista propuso la formación de la Confederación Obrera Sinarquista, que intentaría aglutinar a los sindicatos dominados por la tendencia y a otros organizados en torno a

los Obreros Guadalupanos y organizaciones dirigidas por la Iglesia. La Confederación no pudo fundarse de inmediato, a pesar de que existían los recursos y el programa fundamentales. Durante 1941, incluso, en la celebración del cincuentenario de la Encíclica *Rerum Novarum* se evidenció la fuerza organizativa con que los sindicatos católicos contaban. En la capital del país salieron a las calles más de cien mil obreros sindicalizados, o militantes, en torno a la opción católica, incluyendo a los sinarquistas, lo que reflejó el papel que ejerció el catolicismo social como ente de lucha obrera en un contexto totalmente adverso.²⁶

El sinarquismo de los treinta pudo contar con una fuerza popular de oposición, gracias a la movilización del sector obrero y artesanal del centro-occidente del país. Junto con la fuerza campesina, que componía el 60% de la militancia, los obreros sinarquistas lograron que el movimiento penetrara en las masas de descontentos con las organizaciones oficiales. Las demandas multclasistas del sinarquismo no fueron un obstáculo para alcanzar su fuerza, pues logró conjuntarlas por una simbología y un programa que respondían a la mentalidad de todos los sectores, fue ahí donde residió su importancia como opción de la derecha.

²⁵ Ver Pablo Serrano Álvarez, *op. cit.*

²⁶ Para detalles de ese proceso ver *loc. cit.*, t. 2.